RESEÑAS

JOHANNES KABATEK (ed.), *Sintaxis histórica del español y cambio lingüístico: Nuevas perspectivas desde las Tradiciones Discursivas* (Lingüística Iberoamericana, vol. 31), Iberoamericana/Vervuert, Madrid/Frankfurt am Main, 2008.

Hace cuarenta años, en un trabajo de carácter programático titulado “Sobre problemas y métodos de una sintaxis histórica del español” (1970), Rafael Lapesa se lamentaba de que le faltaban fuerzas y tiempo para culminar una obra en la que “desearía estar sumido”. Aunque no todas sus aspiraciones se han visto cumplidas en el tiempo transcurrido desde entonces, cada vez han sido más y más afinados los esfuerzos para hacerlas realidad. Sirvan de muestras de ese creciente interés por el estudio de la trayectoria evolutiva de las estructuras y procedimientos constructivos de nuestra lengua que en las *Actas* de los ocho Congresos de la Asociación Internacional de Historia de la Lengua Española que desde 1987 se han celebrado, es la Sección “Morfología y sintaxis (o Morfosintaxis) histórica” (y habría que agregar la que en los últimos se ocupa de “Análisis del discurso”) la que contiene siempre un mayor número de contribuciones; o la puesta en marcha de la *Sintaxis histórica de la lengua española* que coordina y dirige C. Company, de la que ya han aparecido las dos primeras partes, si bien las cuestiones más directamente relacionadas con las del libro objeto de esta reseña se tratarán a partir de la tercera (en preparación). Tal aumento cuantitativo ha generado –al tiempo que se ha visto favorecido por ello– distintos instrumentos de análisis e innovaciones en el modo de proceder.

La presencia del adjetivo *nuevas* [*perspectivas*] en el subtítulo de este volumen editado por Johannes Kabatek (J. K.) da a entender que la búsqueda, desde las *Tradiciones Discursivas* (TD), de una mejor comprensión del *cambio sintáctico* no ha sido un camino muy transitado por los investigadores, pese a contribuir no poco a remover bastantes de los postulados con que se venía trabajando en lingüística histórica. Con ello no quiero decir que haya total *novedad* metodológica en todas las aportaciones de este libro. El propio editor, que prefiere calificar las TD de *paradigma* y nos recuerda que no son pocos los aspectos que ya venían siendo estudiados

por la Lingüística del texto, la Pragmática, el Análisis del discurso, la Tipología textual o de géneros, la Intertextualidad, la nueva Teoría de la gramaticalización (presente explícitamente en una parte de los trabajos aquí recogidos), etc., es consciente de ello (“todavía no se ha llegado a una metodología coherente para dar cuenta de las TD”), y advierte del peligro que puede acarrear poner tanto énfasis en algo “absolutamente obvio”, a saber, que los textos tienen historia y que esa historia tiene relevancia a la hora de hablar o de escribir. De ahí que, añade, al tiempo que ha tenido “un rotundo éxito”, no ha dejado de provocar “una cierta desconfianza”. La propia variedad de expresiones que alternan en estos mismos textos con la de TD (*tradición textual, tipología textual, géneros textuales, género discursivo, género comunicativo*, etc.; el mismo J. K. avisa de que “algunos autores han visto en el concepto de TD una especie de sinónimo de *género*”), sin que a veces se aprecien diferencias claras, refleja la excesiva “elasticidad” con que se maneja. No debe extrañar, pues, que no en todos los trabajos se adopte como eje vertebrador básico (en algún caso no pasa de ser meramente tangencial), y que tras la lectura de la obra queden cuestiones abiertas, como las que conciernen a la actividad lingüística que, pese a ser la de más larga e ininterrumpida “tradición”, seguirá permaneciendo en gran parte oculta a nuestros ojos y del todo a nuestros oídos. Me refiero a las modalidades orales propias de la inmediatez comunicativa. Responder que no pertenecen a ninguna TD sólo conduce a dilatar la elaboración de la tan ansiada (muy pocos dejan de asomarse a las interrelaciones entre lo oral y lo escrito) como inalcanzable historia *global* (o, si se prefiere, no tan parcial y sesgada) del español.

El resumen de cada una de las colaboraciones en la *Introducción* de J. K. casi hace innecesario reseñarlas. Por eso, y porque la obra ha sido ya objeto de varias reseñas descriptivas (en el vol. 36 de *Verba*, por Carmen Manzano, y en el nº 7:2 de *RILLI*, por Rosa María Espinosa), me limitaré a hacer unas pocas observaciones referidas exclusivamente a lo anunciado en el título que figura al frente de la obra.

Lo primero que se advierte, como en toda recopilación de estudios realizados por autores de formación e intereses no coincidentes, es cierta disparidad en el tratamiento, no sólo porque se ocupan de fenómenos a los que no puede aplicarse por igual la óptica de las TD, sino porque el planteamiento teórico, más o menos explícito, del que cada uno arranca no le concede el mismo peso ni igual capacidad explicativa. En el trabajo “Gramaticalización, género discursivo y otras variables en la difusión del cambio sintáctico”, de Concepción Company (C.C.), con que se abre el volumen (es también el más extenso), el *género discursivo* (etiqueta que “se recubre casi totalmente con el término ‘registro’ empleado por Biber y la tradición sociolingüística, pero que atiende también al concepto más amplio de ‘tradiciones discursivas’ empleado por las corrientes de la

Nueva Filología”) es sólo una –y la última– de las seis variables que, según la autora, condicionan la difusión y avance de la forma innovadora en todo proceso de cambio *sintáctico-semántico* (o simplemente *sintáctico*). A diferencia de las cuatro primeras (“Profundidad histórica o antigüedad del cambio”, “Aspecto fónico de la forma o construcción innovadora”, “Frecuencia de empleo de las formas o construcciones conservadora e innovadora” y “Tipo de categoría que experimenta el cambio”), que son “de naturaleza más *interna*” al sistema lingüístico, y de la quinta (“Tipo de sociedad usuaria de la lengua”), *externa*, “huidiza y de difícil aprehensión”, la que aquí importa tiene “un estatus intermedio”, al ser *interna* y *externa* a la vez. A pesar de considerar “un problema *fuerte* cómo definir un género discursivo y, sobre todo, cómo delimitarlo de otro”, trata de ilustrar los “vínculos” entre tal noción y la “difusión del cambio sintáctico” por medio de dos procesos de gramaticalización, el que afecta al uso de *hombre* con significado indefinido (cuya práctica desaparición a fines del siglo XVI se explica por la transformación de la tradición discursiva sapiencial en los Siglos de Oro) y el de los adverbios en *-mente*, de lo que se ha ocupado ampliamente en otras ocasiones. Al “carecer de información diacrónica suficiente para hacer la formulación de esta sexta variable en términos cuantitativos implicacionales”, C. C. sigue considerando fundamental la variable *frecuencia de uso*, que incide en el comportamiento de las restantes. Volveré sobre esto al final.

En otros casos, en cambio, incluido “Gramaticalización por tradiciones discursivas: el caso de *esto es*”, de Salvador Pons (S. P.), que cierra el volumen –y en el que, como se ve, también el concepto de *gramaticalización* es central–, se atribuye el carácter *marcado* de *esto es* (y de *a saber*) –frente a otros afines, pero no formales (*es decir*, o *sea*)– al papel “decisivo” de las tradiciones textuales creadas por los hablantes. No puede sorprender que S. P., miembro del Grupo Val.Es.Co, preste una especial atención a “un aspecto poco tratado en los estudios de gramaticalización, como es la influencia de los hablantes y de las TD creadas por ellos en la adquisición de un nuevo significado”. El minucioso seguimiento de su origen (se trata, dice, de la traducción o calco semántico del ID EST latino) y de su trayectoria permite divisar una “nueva luz sobre la relación entre semántica y pragmática”.

Quizás hubiera sido preferible, por tanto, alterar el orden de los trabajos, y hacer figurar en primer término aquellos que, como “Tradiciones discursivas y cambio lingüístico: el ejemplo del tratamiento *vuestra merced* en español”, de Peter Koch (P. K.), empiezan por replantearse, “desde el punto de vista de la teoría del lenguaje”, el concepto mismo de TD, antes de determinar su papel “en los procesos de cambio lingüístico” y “en la teoría de la lingüística diacrónica”. Aunque no siempre resulta fácil comprobar las ventajas de considerar *tradiciones del hablar* tanto las lenguas his-

tóricas como las TD, su esfuerzo por hacerlas ver mediante la historia de *vuestra merced* es más que plausible. Pocas expresiones pueden servir mejor, no sólo para seguir la historia de las relaciones interpersonales y sociales de una comunidad lingüística (cfr. R. Lapesa, “Personas gramaticales y tratamientos en español” y “Las formas verbales de segunda persona y los orígenes del voseo”, ambos de 1970), sino también para conocer cómo repercute en el uso lingüístico el modo de trasplantarse las TD de una lengua a otra y la creciente extensión a destinatarios nuevos, hasta alcanzar su idiomatización, todo lo cual no puede interpretarse adecuadamente si no se introduce precisamente el nivel de la TD en la teoría del cambio lingüístico. Los modos de dirigirse al interlocutor (o interlocutores) obedecen a reglas discursivas antes que a reglas idiomáticas, y “ciertos procedimientos discursivos afines a la distancia comunicativa son (casi) indiferentes con respecto a la realización medial”. Por más que, como P. K. reconoce, su estudio no sea más que una pequeña contribución situada en la *microscopía* del cambio lingüístico —pero que, habría que añadir, deja la puerta muy abierta para abordar la *macroscopía* de la lingüística diacrónica—, de él se extraen conclusiones metodológicas que muy bien podrían servir de precauciones preliminares para todo el volumen. Especialmente sugestivas me parecen sus palabras finales: “El estudio diacrónico de una lengua particular basado empíricamente en textos (‘discursos’) no tiene que engañarse con la ilusión de que los datos extraídos de esos discursos reflejen directamente reglas idiomáticas de la lengua en cuestión ni que los datos sacados de discursos sucesivos en el tiempo reflejen directamente un cambio de reglas idiomáticas. Hay que tener en cuenta los ‘filtros’ no solo de las variedades lingüísticas, sino también de las tradiciones discursivas que intervienen en cada discurso individual”.

La extraordinaria amplitud del concepto de TD permite su explotación en varias direcciones. En este libro se utiliza para la revisión de formas y construcciones concretas estudiadas con anterioridad (R. Eberenz y M. Barra), aplicado al examen de una o varias obras (J. L. Girón y Lola Pons) o para mostrar la existencia o no de ciertas TD específicas (R. Cano y Andrés Enrique-Arias), sin que el mayor o menor grado de concreción del objeto de análisis necesariamente determine el alcance de los resultados. Y, en fin, la trayectoria de un verbo, *encabalgá*, lleva a W. Oesterreicher, como se verá, a unas conclusiones metodológicas tan clarificadoras como las de P. Koch. Al fin y al cabo, a ambos debemos una de las propuestas más convincentes, no sólo para entender las TD, sino, en general, el conjunto de las variedades de uso, orales y escritas, de una lengua, concebidas todas como integrantes de una única escala, gradual y pluri-paramétrica.

Los breves comentarios que siguen se harán por el orden que acabo de señalar.

Del *artículo partitivo*, denominación que considera desacertada (no está claro que se trate de *partitividad*, y, desde luego, no estamos ante un *artículo*), ya se había ocupado Rolf Eberenz (R. E.) con anterioridad. Intenta ahora (“*Ninguno quiere del agua turbia beber*: sobre construcciones partitivas y su representación en algunos géneros textuales del español preclásico”) describir “las coordenadas socioculturales y pragmáticas en que se originan los textos, pues de ellas depende la correcta interpretación de los fenómenos lingüísticos”. Pero es consciente de que tal descripción “nunca es un objetivo en sí. Más bien debería permitirnos conocer mejor ciertos sectores de la arquitectura variacionista del idioma, ya que todo cambio lingüístico se produce en esa relación dinámica –y conflictiva– que existe entre la lengua estándar y sus variedades”. Aunque *beber del agua* se registra en toda clase de textos, R. E. sostiene que algunos, a los que se ha venido prestando muy poca atención (recetas médicas y culinarias, por ejemplo), pueden proporcionar pistas para mejor entender la vida de la construcción. Con minuciosidad y rigor va fijando la atención en la naturaleza semántica de los sustantivos –no contables y materiales– que más frecuentemente aparecen en la partitiva genérica (*agua, vino, aceite, harina, leche, manteca, pan, sal, cal, arena...*), en el hecho de que su especificación por un adjetivo, complemento preposicional o frase relativa facilita su aparición y en su solidaridad léxica con los verbos más usuales (*comer, beber, dar, poner, meter, traer*, etc.). En la línea de R. Lapesa, considera clave para comprender la vida de una construcción extender la mirada a los hechos concomitantes, por ejemplo, el que en bastantes ocasiones los nombres vayan precedidos “de un sorprendente artículo definido, sin que haya correferencia” (*meter el azúcar y passalla por çedaço; E sy esto non tovieres, toma la leche de las cabras e buelve con ella el çumo de la rrayz del codesso*; etc.). De ese modo encuentra el hilo que, seguido con habilidad, va a conducir a desentrañar la diacronía de la fórmula partitiva en español, especialmente la genérica y la específica no referencial. Un hilo que, si no enteramente *nuevo* –el valor *genérico* del artículo nunca ha pasado desapercibido–, requería poner en conexión hechos diversos, lo que ha sido posible gracias a unas TD tan peculiares como las de los *recetarios*. Estamos, pues, ante uno de los trabajos que sí se centra en el objetivo pretendido. Otra cosa es que, como en otros, no resulte fácil averiguar, a partir de tales escritos, las razones de la decadencia de la fórmula partitiva. Hace bien R. E. en limitarse a señalar que, hasta el siglo xv, “nada indica que las construcciones partitivas genérica y específica no referencial fueran usuales en la comunicación oral”, por más que haya testimonios (sobre todo, en algún gramático) de que eran conocidas hasta principios del xvii.

También Mario Barra (M. B.) continúa aquí (“Tradición discursiva, creación y difusión de innovaciones sintácticas: la cohesión de los argumentos nominales a partir del siglo xiii”) la línea de indagación aplicada

en su excelente libro *Propiedades léxicas y evolución sintáctica. El desarrollo de los mecanismos de subordinación en español* (2002), proyectada al análisis de la variada capacidad referencial –de formar tejidos correferenciales a lo largo de un texto– de los demostrativos y su sustitución con el tiempo por diversos sintagmas de orientación anafórica (*la presente carta, los sobredichos hijos, ...*) o catafórica (*los siguientes testigos*). Con cautela, M. B. confiesa no tener claro “que se pueda garantizar que es la tradición literaria la responsable de la creación y difusión de su uso”. Considera normal “que *el dicho* sea desarrollado en la tradición notarial y pase poco o mal a la literaria” y también “que *el qual* (o *tal*) se difundan en la literaria y sean irregulares en la notarial”. Los problemas, como siempre, surgen en la incursión por el mundo de la oralidad, que sigue considerando “basada en estrategias de preservación de bloques proposicionales con cohesión interna formalmente poco elaborada”. A sabiendas de que la ausencia o escasez de testimonios puede traicionar al investigador e incluso hacerle dar algún salto en el vacío, son loables sus esfuerzos (incluso recurriendo a la proyección del presente sobre el pasado) para explicar por qué “lo único que verdaderamente ha entrado en el discurso oral espontáneo son las formas reasuntivas proposicionales que se han formado más tarde: *lo cual y lo dicho*”. Y no se le escapa la necesidad de mirar hacia atrás: “el latín convertido, en la zona occidental de la Romania, en un adstrato relativamente homogéneo” habría desempeñado “un papel esencial como fuente de innovaciones, hasta el punto de erigirse en elemento reunificador dentro de la fragmentación romance”.

José Luis Girón (J. L. G.) se ocupa, una vez más, de una cuestión compleja: “Tradiciones discursivas y gramaticalización del discurso referido en *Rimado de Palacio* y las *Crónicas del Canciller Ayala*”. Como el *discurso referido* no es desligable de las relaciones interoracionales, a estas dedica unas clarificadoras páginas iniciales. Es su principal propósito mostrar que “en cualquier momento histórico de cualquier lengua” puede advertirse “la combinación de parataxis, hipotaxis y subordinación, de acuerdo con estrategias retóricas que pertenecen a las tradiciones discursivas que en cada caso se emplean”, por lo que no pueden verse como simples eslabones de una cadena de gramaticalización. El análisis contrastivo del *Rimado de Palacio* y de las *Crónicas del Canciller Ayala*, correspondientes a dos TD distintas, le permite concluir que, en su conjunto, el discurso referido es un *continuum* categorial, una cadena de gramaticalización más extensa que la que puede observarse en las relaciones interoracionales. Y algo más, que, según él, “ya sabíamos”, que cada género elige sus citas. Hay variantes específicas del *Rimado* y otras del texto cronístico, donde se hallan las formas más modernas del discurso indirecto libre, una *modernidad* –y esto quizás sea de lo más sobresaliente del trabajo para los propósitos de este volumen– que “no viene dada por la cronología, sino por la tradición discursiva”. Sin la óptica de las TD, resulta

prácticamente imposible fijar los hitos temporales relevantes que van marcando la trayectoria evolutiva de un idioma.

En “El peso de la tradición discursiva en un proceso de textualización: un ejemplo en la Edad Media castellana”, Lola Pons (L. P.), tras remitir, para su definición, a los trabajos de P. Koch, W. Oesterreicher y J. Kabatek, recuerda, con buen criterio, que el concepto de TD es “especialmente oportuno en la escuela filológica española”, que “nunca dio gran acogida al prisma férreamente inmanentista del estructuralismo”, y en la que “la tarea de acercarse a los textos para describir con precisión sus aspectos lingüísticos tenía siempre aparejada una mirada al modo de construcción textual, a los moldes retóricos, al contexto, a la historia cultural y social de una comunidad y a su vinculación con la lengua”. Se centra en la *retextualización* que de la construcción discursiva de la hagiografía (“el género narrativo más leído y oído en la Edad Media, fuertemente en contacto con la oralidad medial”) se lleva a cabo en un texto de mediados del siglo xv que L. P. conoce muy bien, pues fue el objeto de su Tesis Doctoral, *Virtuosas e claras mugeres*, de Álvaro de Luna. De las dos clases de cambios lingüísticos coexistentes en la época, a los que se refiere como *desde abajo hacia arriba* (procesos paulatinos) y *desde arriba hacia abajo* (de introducción brusca), le interesan particularmente los segundos, “motivados por un deseo de hacer posible el estilo elevado que las retóricas reservaban tradicionalmente al latín en un romance que se consideraba adecuado únicamente para los estilos medio y bajo”. Muchas de las innovaciones que se producen desde las historias hagiográficas a la obra de Álvaro de Luna responden a la pretensión de acentuar la *distanancia comunicativa*, noción también tomada de P. Koch y W. Oesterreicher. Don Álvaro –llega a decir L. P.– “sentía el apremio de huir de todo lo que estuviera cercano a lo hablado concepcional”. Estaríamos, pues, ante un caso claro de modificación de una TD, la de la prosa hagiográfica.

Que no resulta sencillo fijar los límites y perfiles de una TD, sin lo cual es imposible trazar su trayectoria, es algo que se pone claramente de manifiesto en “Los gramáticos españoles del Siglo de Oro: ¿Tradición discursiva, lengua especial...?”, de Rafael Cano (R. C.). Tal “posible” tradición discursiva, cuyo “aparente” iniciador sería Antonio de Nebrija, no se desvincula, ni mucho menos, de la bien asentada en el latín medieval, y, por supuesto, requiere comprobar su continuación en los siglos posteriores. Es esta extensión de la mirada hacia atrás y hacia delante en el tiempo lo que ha permitido a R. C., aquí y en todos sus escritos, despojarse de cualquier anteojera a la hora de seguir la historia de los fenómenos sintácticos. Aunque dice que se ha limitado a “poner las bases” de una investigación de mucho mayor alcance, en su análisis de los textos gramaticales del siglo xvi hace bastante más. Al ir rastreando las constantes que proporcionan cierto “aire de familia” a todos ellos, e insertarlos en “tradiciones” más abarcadoras (prosa científica, didáctica, pre-ensayística, etc.), allana el camino que, gracias a la

noción misma de TD, lleva a entender unos modos enunciativos peculiares de una no menos específica producción textual. Es una de las contribuciones que mejor se ajusta al propósito del volumen.

En cambio, los “Apuntes para una caracterización de la morfosintaxis de los textos bíblicos medievales en castellano” de Andrés Enrique-Arias (A. E.-A.), sólo de lejos y marginalmente apuntan hacia las TD. Al limitarse al “análisis de algunas estructuras morfosintácticas que aparecen en los romanceamientos medievales del libro de *Isaías*” (elección que obedece sólo al hecho de tratarse de uno de los textos con más versiones conservadas), el trabajo es meramente descriptivo y tiene un carácter parcial que reconoce el propio autor, consciente de que deja sin explorar factores lingüísticos y extralingüísticos ineludibles. No pretendo decir, entiéndase bien, que sus observaciones acerca de los hechos estudiados, que no son pocos (acusativos internos, dobles, infinitivo absoluto, frases preposicionales que resuelven a adjetivos –aunque no todos sus ejemplos constituyen “sustituciones” que responden al escaso empleo adjetival en hebreo bíblico–, etc.), tengan menor interés. Pero sí que la perspectiva *desde* las TD queda muy diluida. De hecho, la expresión *tradición discursiva* ni siquiera aparece, aunque sí *tradición textual* y *tipología textual*.

He dejado para el final la aportación de Wolf Oesterreicher (W. O.), “Dinámica de estructuras actanciales en los Siglos de Oro: el ejemplo del verbo *encabalar*”, que figura en penúltimo lugar, porque, me parece, resume el conjunto de obstáculos que es preciso superar para abordar adecuadamente los cambios lingüísticos desde las TD. La descripción de los tres ámbitos del verbo que han de tenerse en cuenta (su aplicación a “actividades que tienen que ver con los caballos”, la acepción metafórica que “se refiere a la práctica de actividades profesionales y técnicas, es decir, a la tecnología y la artesanía” y la que, muy poco documentada, apunta a “dirigir un navío, orientar y precisar su rumbo”) constituye, en principio, un excelente estudio de *semántica histórica*, terreno en el que dar con explicaciones atinadas exige resolver muchos y complejos problemas (cfr. “Un problema etimológico y semántico: la palabra *auze*”, de F. de Bustos, publicado en las *Actas* del V CIHLE, 2002, 1915-1926). Pero W. O. da un paso más, al mostrarnos que lo que en realidad va cambiando “totalmente” es la *construcción* del verbo. Los procesos diacrónicos implicados en alteraciones actanciales como las que afectan a *encabalar* pueden ser considerados *funcionales*, o, si se prefiere, *sintáctico-semánticos*, pues las configuraciones actanciales sucesivas van conformando nuevas reglas y normas sintácticas, que únicamente desde las TD cabe descubrir. La documentación de *encabalar* con el sentido de ‘navegar, dirigir un navío’ es relativamente rara y sólo se da en la jerga marinera. Pero lo relevante es que algo que a primera vista parece “marginal”, no sólo arroja luz sobre la vida de la lengua, sino también acerca de las causas de la muerte de ciertas expresiones.

Las conclusiones de W. O. no se ciñen, ni mucho menos, a la proyección de las TD sobre la sintaxis histórica, sino que afectan al modo mismo de proceder del historiador del idioma. Destacaré dos de ellas, en las que se expresa un cierto rechazo de posiciones teórico-metodológicas habituales. Califica de inaceptables “las descripciones dadas *post festum* por las orientaciones generativistas o de corte formalista” y “ciertas opciones en el campo de la llamada teoría de la gramaticalización que prefieren abordar el cambio basándose en información dada y siguiendo *modelos unidireccionales del cambio* sin anclaje en una documentación textual representativa de un vasto dominio discursivo”. Tales orientaciones, continúa, “no analizan previamente lo que fundamenta la investigación lingüística seria [sic], es decir, la documentación discursiva con sus riquezas variacionales y pragmáticas”. Y no menos tajante es su inequívoca opinión acerca de las limitaciones de las *investigaciones cuantitativas*: “otro punto crucial [...] es que los textos y discursos concretos que forman el corpus de la investigación no se prestan a un simple cálculo estadístico. Hay que tener en cuenta, sobre todo, que el cálculo cuantitativo y la ampliación de los textos que conforman un corpus conducen a una nivelación de los materiales, a resultas de la cual desaparecen muy a menudo las formas polisémicas que interesan. Como estrategia complementaria, los textos deberían ser analizados individualmente. Sólo de esta manera se evitan las omisiones y las pérdidas en el material que está en la base de la transformación de los datos en las mencionadas reglas y normas de la técnica histórica que son la meta de nuestra investigación”. Son palabras estas últimas que parecen entrar en contradicción con las finales del trabajo de C. Company –responsable, como ya he recordado, de la obra colectiva en marcha *Sintaxis histórica de la lengua española*–, para quien “la frecuencia de uso es la variable fundamental que incide en el comportamiento de todas las demás”.

Se demuestra una vez más que, en lingüística histórica, no disponer en todos los casos de una clara y convincente definición de un concepto no impide que resulte explicativamente fecundo. La noción de TD, ya lo he dicho, está prestando un gran servicio a quienes persiguen una mejor comprensión de los cambios sintácticos. Nos obliga a replantearlos y contribuye a resolver muchos, aunque casi nunca del todo, naturalmente. No es casual que muchos de los colaboradores terminen con la advertencia de que sus conclusiones, lejos de ser definitivas, se limitan a proponer vías para seguir avanzando en la explotación del potente foco de las TD. Mucho hay que agradecer a J. Kabatek que nos haya permitido disponer de las contribuciones de quienes participaron en el coloquio celebrado en Tübingen el año 2005.